

Cenizas y diamantes

Andrzej Wajda. Polonia. 1958. 98 min. v.o.s.e. ByN



FICHA TÉCNICA

Título original: *Popiół i Diament*.

Título español: *Cenizas y diamantes*.

Nacionalidad: Polonia. **Año de producción:** 1958.

Dirección: Andrzej Wajda.

Guión: Andrzej Wajda, Jerzy Andrzejewski.

Producción: Grupo Kadr / Film Polski.

Fotografía: Jerzy Wojcik.

Montaje: Halina Nawrocka.

Ayte. de dirección: Janusz Morgenstern.

Música: Filip Nowak.

Sonido: Bohdan Bienkowski.

Vestuario: Katarzyna Chodorowicz.

Maquillaje: Halina Ber, Halina Sienska, Halina Zajac.

Intérpretes: Zbigniew Cybulski, Ewa Krzyzanowska, Adam Pawlikowski, Bogumil Kobiela.

Duración: 98 min. **Versión:** v.o.s.e. ByN.

SINOPSIS

En Polonia, concluida la Segunda Guerra Mundial, la situación política y social es caótica. El idealismo cede el paso a diversas formas de anarquía y extremismo. El protagonista, un joven que milita en un grupo ultranacionalista, recibe el encargo de asesinar a un importante comunista; pero, cuando el joven encuentra el amor, en pocas horas sus certezas comienzan a convertirse en dudas.

COMENTARIO

Resumir seis décadas del trabajo constante de un cineasta en una única película se antoja difícil, cuando no ridículo. Y, sin embargo, todo el talento y las potencialidades de un cineasta como **Andrzej Wajda, fallecido este domingo a los 90 años de edad**, ya estaban presentes en la inolvidable *Cenizas y diamantes*, su tercer largometraje, rodado en 1958.

El 8 de mayo de 1945, la rendición alemana es un hecho. Los nazis, después de arrasarse Varsovia, asediados por el este y el oeste, han abandonado Polonia a su suerte. En el país se celebra el armisticio, pero a algunos de sus militares la influencia de la Unión Soviética en su nuevo Gobierno les llena de temor. En ese clima insano, con el blanco y negro como santo y seña, Wajda centró su trilogía fundacional, la que forman *Generación*, *Canal* y *Cenizas y diamantes*.

Tomando referencias como el expresionismo alemán, el cine de Orson Welles y una inquebrantable raíz polaca, el cineasta se sirve de formas que corresponden a distintos tiempos y realidades, uniéndolas para proponer un nuevo estilo, una puesta en escena abigarrada por la acumulación de símbolos y por la complejidad compositiva de algunas secuencias, que se acerca por igual a las nuevas olas europeas y al cine clásico americano. **Wajda se erige durante aquellos años en eslabón perdido**, un punto casi equidistante entre el clasicismo de la Edad de Oro de Hollywood, llevado hasta sus límites por directores como Welles y Hitchcock, y la ruptura total que supusieron los nuevos cines de los 60.

Envuelto en un halo que desprende magnetismo, parapetado detrás de sus gafas de sol ("llevo gafas oscuras como recuerdo de mi amargo amor por la patria"), el personaje central de la película, Macieck Celmiński (un inmenso Zbigniew Cybulski), le sirve a Wajda para explicar el caos posterior a la batalla y un nacionalismo que, ante la desaparición de su principal enemigo, busca entre sus propios compatriotas a los traidores a la nación. Es como una asfixiante partida de ajedrez, en la que Celmiński es un mero peón obligado por sus superiores a acabar con el rey del enemigo, un alto mando comunista que va a celebrar la derrota de los nazis en el concurrido hotel Monopol. Pero el peón, forzado a mover siempre hacia delante, duda. Y pocas cosas hay peores para un ejército que un soldado que no está dispuesto a cumplir su misión a cualquier precio. Celmiński se da cuenta de que ha renunciado a su vida por un ideal cada vez más difuso, y que es imposible dirimir entre víctimas y verdugos, aliados y enemigos.

El cineasta construye un clima opresivo a través de la unidad de tiempo y lugar y una puesta en escena en la que juega constantemente con los múltiples términos del encuadre y los techos aplastando a los personajes. En esa atmósfera barroca no faltan los toques cómicos, protagonizados por un periodista y un colaborador de los partisanos, dos borrachos que arruinan la cena del nuevo secretario del Partido Comunista. Un dúo tan letal como el de Peter Sellers y el camarero beodo de El guateque.

El mejor ejemplo de esa mezcla de decadencia, humor y angustia son los minutos finales de la película. El juego de luces y sombras en el interior del hotel, con la orquesta tocando una Polonesa desafinada y los participantes en el festejo exhaustos de alcohol y vano orgullo patriótico, contrasta con el sol abrasador del exterior. El antihéroe, después de cumplir con su misión, se autoinculpa al huir en presencia de una patrulla. Así comienza una huida desesperada, en la que es a la vez el Harry Lime de El tercer hombre y el Michel Poiccard de Al final de la escapada. Clásico y moderno. Acaba tiroteado, dejando manchas de sangre en una sábana al viento y revolcándose de dolor en un montón de basura. Sus últimos estertores, después de una noche en la que ha viajado de la culpa a la redención y de ahí otra vez a la culpa, son el broche final a un hito en la Historia del cine y suponen un punto y seguido en el prolijo discurso sobre el nacionalismo que posteriormente desarrollará Wajda en el resto de su filmografía, hasta la todavía inédita *Powidoki*.

ISMAEL MARINERO. Octubre 2016

<http://www.elmundo.es/cultura/2016/10/11/57fcc693e5fdea902b8b46d5.html>